

UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN XIII • NUMERO 9
MEXICO, MAYO DE 1959
EJEMPLAR: \$2.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

C A R A Y C R U Z

A MEDIA tarde me habían telefoneado desde el cuartel, para decirme que el martes entraba de guardia. Tenía, por lo tanto, tres días libres. Mi primera idea fue llamar a Borés, que acababa de cumplir la semana en el cuartel de Pedralbes.

—Mi viejo se ha largado a Madrid y ha olvidado las llaves del auto.

—Hace dos noches que no pego un ojo —me contestó.

—¿Putas? —le dije.

—Chinches. Toda la Residencia de Oficiales está infestada.

Por Juan GOYTISOLO

Dibujo de Pedro CORONEL

Cuando llegué a la cafetería, me esperaba ya. Estaba algo más blanco que de costumbre y me mostró las señales del cuello.

—Lo que es esta vez, no son mordiscos.

—¿Qué dice tu madre? —le pregunté yo.

Borés vació su *gin-fizz* de un trago.

—Desde que empecé el servicio está más tranquila.

Manolo se acercó a servirnos con una servilleta doblada sobre el brazo.

—¿Qué piensa de toda esta gresca, don Rafael?

Con un ademán, indicó la cadena de altavoces encaramados en los árboles y los escudos que brillaban en los balcones de las casas.

—Turismo, —repuse—. El costo de la vida sube, y de algún modo deben sacar los cuartos.

—Eso mismo me digo yo, don Rafael.

—Aquí no es como en Roma... La gente va muy escaldada.



SUMARIO: *Cara y cruz*, por Juan Goytisolo • *La feria de los días* • *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez • *La vieja alianza*, por Marco Antonio Montes de Oca • *Homilla a los estudiantes*, por Ezequiel Martínez Estrada • *El juego sabio*, por Jean-Charles Moreux • *Nuevo Mundo*, por Hugo Latorre Cabal • HOMENAJE A ALFONSO REYES: De las *Burlas literarias: Góngora retratado por el Greco* y *Debate entre el vino y la cerveza*, por Alfonso Reyes; *Proemio del pintor*, por Juan Soriano; *Don Alfonso en su palomar*, por Elena Poniatowska • *Artes plásticas*, por Diego de Mesa • *Música*, por Jesús Bal y Gay • *Cine*, por Emilio García Riera • *Teatro*, por Juan García Ponce • *Libros*, por Carlos Valdés, Jorge Olmo y José de la Colina • *Dibujos* de Pedro Coronel, Andrés Burg, Pinoncelly y Manuel Felguérez.

Retrepados en los sillones de mimbre, observamos el desfile de peregrinos. Tenía una sed del demonio y me bebí tres *gin-fizz*.

Borés controló el paso de once monjas y siete curas.

—Por ahí cuentan que, con la expedición americana, viene un burdel de mulatas.

—Algo tienen que ofrecer al público. Con tanto calor, y las apreturas...

—¿Qué te parece si fuéramos a dar un vistazo?

—¿A la Emilia?

—Sí, a la Emilia.

Al arrancar, Manolo nos deseó que acabáramos la noche en buena compañía. Aunque eran las once tocadas, las calles estaban llenas de gente. Los altavoces transmitían música de órgano y en la luz roja de Canaletas dejamos paso a un grupo de peregrinas.

—¿Crees que lo son? —preguntó Borés, asomando la cabeza.

—Quién sabe... Seguramente que hay muchas mezcladas.

—Invítalas a subir.

—Recuerda lo que ocurrió la última vez —le dije.

En las Ramblas, el tráfico se había embotellado y aguardamos frente al Liceo durante cerca de diez minutos. Al fin, aparcamos el coche en Altarazanas y remontamos a pie, por la calle Monserrat. La mayor parte de los bares estaban cerrados, en los raros cafés abiertos no había una aguja.

—Luego dicen que no hay agua en los pantanos —exclamó Borés señalando las luminarias.

—Eres un descreído —le reprendí—. En ocasiones así se tira la casa por la ventana.

Por la calle Conde de Asalto discurría una comitiva tras un guión plateado. Varios niños salmodiaban algo en latín.

Casa Emilia quedaba a una veintena de metros y contemplamos su fachada, asombrados. Resaltando entre las cruces de neón de la calle, sus balcones lucían un gigantesco escudo azul del Congreso.

—Caray —dijo Borés— ¿Has visto?...

—A lo mejor, la han convertido también en capilla...

La luz del portal estaba apagada y subimos la escalera a tientas. En el rellano, tropezamos con dos soldados.

—Están ustedes perdiendo el tiempo —dijo uno—. No hay nadie.

—¿Y las niñas?

—Se han ido.

Volvimos a bajar. Por la calzada desfilaban nuevos guiones y los observamos en silencio por espacio de unos segundos.

—¿Vamos al Gaucho?

—Vamos.

Al doblar la esquina, oí pronunciar mi nombre y miré atrás. Ninotchka espiaba la procesión desde un portal y nos hacía señales de venir.

—Viciosos... —dijo atrayéndonos al interior del zaguán— ¿no os da vergüenza?... En este día...

Iba vestida de negro, con un jersey con mangas cerrado hasta el cuello y ocultaba su pelo rubio platino bajo un gracioso pañuelo-mantilla.

—¿Qué es este disfraz?

—Chist. Callaos... —Al sonreír, se le formaban dos hoyuelos en la cara—. Se las han llevado a todas... En camiones...

—¿Cuándo?

—Esta mañana —apuntó el altavoz que tronaba en lo alto del farol—. El señor ese ha dicho que, cuando llegue el Nuncio, la ciudad debe estar limpia...

—¿Y tú?

—Me escapé de milagro —volvió a mostrar el altavoz, con un mohín—. Dice que no somos puras.

—Difamación —exclamé yo—. Calumnias.

—Eso es lo que digo —Ninotchka se arregló la mantilla, con coquetería—, al fin y al cabo, somos flores. Arrugadas y marchitas, pero flores... Lo leí en una novela... *Las hijas del asfalto*... ¿La conoces?

—No.

—Pasa en el Mulén Ruxe, de París... Es muy bonita.

—¿Y dónde han trasplantado a las flores? —preguntó Borés.

—Fuera. A los pueblos. A tomar el aire del campo.

—¿No sabes el sitio?

—A la Montse y la Merche, las han llevado a Gerona.

—Habría que ir a consolarlas —dije yo— ¿no te parece?

—Las pobrecillas —murmuró Borés—. Deben sentirse tan solas...

—¿Vienes? —pregunté a Ninotchka.

—¿Yo? —Ninotchka reía de nuevo—. Yo voy a la Adoración Nocturna... Como María Magdalena... Arrepentida...

Al despedirnos, me mordió el lóbulo de la oreja. Estaba terriblemente atractiva con la mantilla y su jersey casto...

—¿Crees que encontraremos algo? —pregunté a Borés, al poner el motor en marcha.

—La noche es larga. No perderemos nada probando.

En el Paseo de Colón, el tráfico se había despejado y bordeamos la verja del parque, camino de San Andrés.

—A lo mejor es una macutada.

—Por el camino nos enteraremos.

Habíamos dejado atrás los últimos escudos luminosos y avanzamos a 120 por la carretera desierta. Nuestro primer alto fue en Mataró.

—¿Ha visto Ud. un camión lleno de niñas? —pregunté al chico del bar.

—Yo no, señor —sus ojos brillaban de astucia—. Pero he oído decir al personal que han pasado más de cinco.

—¿Hacia Gerona?

—Sí, señor. Hacia Gerona.

Nos bebimos las dos ginebras y le dejé una buena propina.

—Uno de mis clientes... Un notario... ha tomado el mismo camino que ustedes, hace sólo unos minutos.

Borés le agradeció la indicación y subimos de nuevo al coche. El motor respondía mejor que nunca y, en menos de un cuarto de hora, dejamos atrás la carretera de Blanes.

En una de las curvas de la sierra alcanzamos un Lancia negro, que conducía un hombre con gafas.

—Debe ser el notario —dijo Borés.

—El tío parece andar también con prisa.

—Acelera... Si me quita a la Merche, me lo cargo.

El Parador de Turismo tenía encendidas las luces y nos detuvimos a beber unas copas.

—¿Ha visto?... —preguntó Borés, al subir, indicando, con un ademán la carretera.

—Sí, sí —repuso el barman, riendo. Adelante.

En el cruce de Caldas volvimos a atrapar al notario. Borés se frotaba las manos, excitado, y le largó una salva de insultos a través de la ventanilla.

—La Merche es para mí, y la Dorita, y la Mari...

A una docena de kilómetros de la ciudad, frené junto a un individuo que nos hacía señales con el brazo.

—¿Van a Gerona?

—Suba.

El hombre se acomodó en el asiento de atrás, sin sacarse la boina.

—Parece que hay fiesta por ahí —aventuró Borés, al cabo de un rato.

(Pasa a la p. 24)

Esta Revista no tiene agentes de suscripciones

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Secretarios de redacción:

Juan García Ponce y Carlos Valdés.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00

Suscripción anual: " 20.00

Extranjero: Dls. 4.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año.

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES, DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTería NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—FÁBRICA DE CHOCOLATE "LA AZTECA, S. A."—BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.—COMPAÑÍA FUNDIDORA DE HIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

C A R A Y C R U Z

nombre —lo que también era causa de confusiones constantes, que ambos sufríamos con paciencia— me convidó campechanamente a que nos viéramos las caras. El estaba acompañado de su hijo Alfonso, y yo del mío, que padece la misma enfermedad onomástica. Pero era de noche, se produjo en el barrio un corto circuito, se apagaron las luces, y los cuatro Alfonsos nos saludamos en la oscuridad, y nos separamos sin llegar a vernos las caras, respetando los misteriosos designios de la Providencia.

—Don Alfonso, como esta entrevista se publicará en homenaje a sus setenta años de vida, convendría hacerle, por lo menos, una pregunta cuya respuesta constituyera una especie de mensaje. ¿Quisiera usted enunciar, por ejemplo, algunos principios que deben, a su juicio, gobernar la acción de los escritores mexicanos?

—Los mismos principios que se aplican a los mexicanos en general. Es cosa muy sencilla de decirse y muy difícil de realizarse. Todo se reduce a que los mexicanos, en todos los órdenes de nuestras actividades, hagamos las cosas bien,



Henrique González Casanova fecit

o siquiera lo mejor que podamos, tanto ética como estética y técnicamente. México valdrá lo que valga la conducta de los mexicanos. México no es un ente abstracto, sino un "hacer" y un "hacerse". Parece mentira que, cuando ya todos creen entender algo del llamado "existencialismo", todavía haya candorosos que se figuren que México es una idea desnuda, brotada en la mente de Dios, anterior al "existir" de México, y que luego los mexicanos tenemos que ir satisfaciendo esa idea como quien dibuja los colores de un mapa en contorno. Y todavía parece más increíble que algunos se arroguen las funciones de Dios, y ellos mismos arbitrariamente tracen un plan de nociones absolutas y rigurosas sobre lo que ha de ser México, y luego se entusiasmen o indignen cuando cumplimos o desobedecemos lo que ellos han decretado. México ha sido, es y será el conjunto de lo que hagamos los mexicanos, lo bueno y, por desgracia, también lo malo. Por eso hay que insistir en lo bueno y predicar lo bueno. Además lo que sea bueno y esté bien hecho (para los que prefieren apoyarse en los preceptos divinos) no puede menos de contentar a Dios. ¿Está claro?

(Viene de la p. 2)

—Sí, eso dicen... —Hablaba con un fuerte acento catalán—. En mi pueblo todos los chicos han ido...

—¿Y Ud.?

—También voy —en el retrovisor le vi guiñar un ojo—. He esperado a que mi mujer fuera a la cama...

La barriada dormía silenciosa y torcí por Primo de Rivera hacia el Oñar. Desde el puente, observé que los cafés de la Rambla estaban iluminados. Un camarero iba de un lado a otro con una bandeja y un grupo de gamberros se dirigía hacia la catedral dando gritos.

—Mira... —dije yo.

—Mira...

El Paseo ofrecía un extraordinario espectáculo. Sentadas en las sillas, acodadas en las barras de los bares, tumbadas sobre los bancos y los veladores, había docenas de mujeres silenciosas, que nos contemplaban como a una aparición venida del otro mundo. El campanario de una iglesia daba las dos y muchas se recostaban contra la pared para dormir. Algunas no habían perdido aún la esperanza y nos hacían señales de acercarnos.

—Vente p'aquí, guapo.

—Una cama blandita y no te cobraré ni cinco.

Borés y yo nos abrimos paso hacia las arcadas. Venidos de todos los pueblos de la comarca, los tipos discutían, riendo, con las mujeres y se perdían por las callejuelas laterales, acompañados, a veces, de tres o cuatro. Los hoteles estaban llenos y no había una cama libre. Los afortunados poseedores de una habitación se acostaban, gratis, con las muchachas más caras.

—Llévame contigo, cielo...

—Anda... Ven a dormir un ratito...

A la primera ojeada, descubrimos a Merche. Estaba sentada en un café, fumando, y al vernos, no manifestó ninguna sorpresa.

—*Dominus vobiscum* —se limitó a decir, a guisa de saludo.

—*Ite missa est.*

Con un ademán distraído nos invitó a instalarnos a su lado.

—Perdonarán que el "livinrún" este sucio —se excusó—. Mi doncella está afiliada al sindicato y no trabaja el sábado.

El camarero hizo notar su presencia con un carraspeo. Borés pidió dos ginebras y otro café.

—¿De imaginaria? —preguntó cuando se hubo ido.

—Las clases ociosas solemos dormirnos tarde, repuso Merche.

Su rostro reflejaba una gran fatiga. Como de costumbre no se sabía si hablaba en serio, o bromeaba.

—Hace un par de horas pasamos por el barrio y Ninochka nos contó lo ocurrido.

—Es una iniciativa del Ministerio de Turismo —Merche apuró el café de su taza—. Como éramos incultas nos ha pagado un viaje... Agencia Kuk... Ver mundo...

—¿No has encontrado cama? —pregunté yo.

En lugar de contestarme, se encará con Borés, sonriente.

—¿Y vosotros?... ¿Por qué estáis aquí?... ¿Han echado también a los hijos de buena familia?

—Sólo a los depravados —dijo él.

—Ah... A los depravados, sólo... Temía...

Los ojos se le cerraban de sueño. Borés cambió una mirada conmigo.

—Mi padre tiene un despacho cerca de aquí —explicó— si quieres, podemos dormir los dos juntos.

—Gracias, vida —dijo Merche—. Eres un amor de chico.

En silencio, bebimos las dos ginebras y el café. Una mujer roncaba en la mesa del lado y los gamberros corrían aún, dando gritos.

—¿Y tú?

—Yo beberé otra copa, y me largaré. —Entonces, telefona a casa... di que me he quedado a dormir en tu estudio.

Cogidos del brazo, los miré alejarse hacia el barrio de la catedral. Luego arreglé la nota del bar y caminé en dirección al río. Las mujeres me volvieron a llamar y bebí otras dos ginebras. Aquella noche absorbía el alcohol como nada. Yo solo, hubiera podido vaciar una barrica.

—Congresos así debería haber tó los años —decía un hombre bajito a mi lado— ¿no le parece, compadre?

Le contesté que tenía toda la razón y, si la memoria no me engaña, creo que bebimos un trago juntos.

No se a que hora subí al coche, ni cómo hice los cien kilómetros que me separaban de Barcelona. Cuando llegué, había amanecido y, por las calles adornadas, circulaban los primeros transeúntes.

Sólo recuerdo que una brigada de obreros barría el suelo, preparando la procesión y que, al mirar el balcón de mi cuarto, descubrí un flamante escudo.

—Debe ser cosa de mamá —expliqué al sereno.

Procurando no hacer ruido, me colé hasta el cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha.

EL PRESIDENTE GRONCHI HABLA DE LOS DEBERES DE LA PRENSA

EN RAZÓN de la muy elevada e innegable importancia de la prensa en la vida de un país, es preciso velar con esmero porque las cualidades profesionales y morales de los periodistas sean controladas con parejo rigor. Nadie gana con la decadencia de aquellas. En efecto, interesa primordialmente a una democracia el poder contar con la prensa, a fin de sensibilizar la opinión pública respecto de los problemas mayores, internos e internacionales.

Se habla hoy mucho sobre la independencia de la prensa. Me parece claro que si la conciencia moral de los periodistas, así como la autodisciplina prescrita por sus órganos profesionales, se afirman más y más, la prensa escapará en la misma medida a la influencia de ciertos intereses particulares. La misión del periodista no será, sino rara vez, reducida a un simple oficio que obligue a quien la ejerza a plegarse a los deseos de aquellos que abren y cierran la bolsa. Una tradición de dignidad moral y profesional no hará sino sostener una actitud de mayor firmeza en los casos en que tales influencias pudieren crear problemas de conciencia individual y de responsabilidad cívica.